

## La democracia es una fiesta

Mario Huacuja Rountree\*

Convertida en palabra cabalística, destino final y principio de la buena ventura, talismán del éxito político, manto que cobija a todas las tendencias, remedio de la pobreza, conjuro de las dictaduras, emblema de las cruzadas modernas y mención obligada en todos los discursos, la democracia empieza a convertirse en un fetiche más del obituario político de nuestra era. Ahora se dice que México nació a la democracia el pasado 6 de Julio, y en los Estados Unidos se acaba de celebrar su onomástico con las recientes elecciones del 8 de Noviembre. Fue un cumpleaños bárbaro, con gastos millonarios en billetes verdes, enormes globos de colores, bastoneras de cuerpos celestiales, bandas de música con repertorios inagotables, giras maratónicas por todos los Estados, toneladas de confeti, banderines, pancartas, dulces, hot dogs y hasta discursos. En el centro de la algarabía estaba la televisión, con sus mensajes venenosos y sus entrevistas a granel, y al fondo de los festejos había ciertas ideas, como telón decorativo de las celebraciones del poder. Lo único lamentable del espectáculo fue que más de la mitad de los invitados no asistieron al festejo.

El mismo día de las elecciones a las nueve de la noche, antes de que cualquier partido lo anunciara, la televisión dio la noticia ya esperada de que George Bush había superado la barrera de los 270 votos electorales que se necesitan para ser presidente, y los tapones de las champañas sonaron en los cuarteles de los republicanos, las oficinas del Pentágono, las empresas fabricantes de misiles y las casas de los cubanos radicados en Miami. La victoria de Bush fue aplastante considerando los votos electorales de los Estados —426 contra 112—, pero el voto popular le dio apenas un margen del 4%, ganando por 47,946,422

votos contra 41,016,429. Y en el fondo de esa batalla contaron más las poses, la euforia televisiva, los golpes bajos, el espectáculo y la propaganda que los programas políticos de los candidatos. Basta ver las oscilaciones de las encuestas para comprobar ese fenómeno: en Julio de 1988, después de la Convención de los demócratas, Dukakis estaba 16 puntos arriba del republicano; en agosto, cuando Bush y sus consejeros lanzaron una feroz campaña de desprestigio del demócrata a través de los spots televisivos, Bush se puso 12 puntos arriba, y a finales de Octubre, cuando Dukakis se decidió a responder a los ataques con una dosis de la misma medicina, la distancia se acortó hasta quedar en un margen de 4%. Eso indica que, cuando menos uno de cada tres votantes de la nación, sintonizan sus ideas políticas con los mensajes televisivos.

También contaron, desde luego, la inercia y el conservadurismo, y Bush supo convencer el auditorio de que su principal ventaja era la experiencia. En efecto, este hombre de casi 1.90 metros de estatura tiene a sus espaldas una larga carrera en las altas esferas de la administración pública, que comenzó en 1966 como congresista por Texas, y que ha pasado por momentos ásperos y derrotas amargas. En 1970, perdió la senaduría frente al hoy derrotado Lloyd Bentsen; en 1980 perdió la nominación frente al ahora saliente Ronald Reagan. Además, a Bush le ha tocado defender causas perdidas, y siempre lo ha hecho con una lealtad y un sentido del deber a toda prueba. Cuando representó a su país en la ONU, abogó por la permanencia de Taiwán contra la admisión de la República Popular China; en el escándalo de Watergate, fue el último defensor de Nixon hasta su final derrumbe, y después tuvo a su cargo la recomposición de la CIA después de las bochornosas revelaciones de William Colby. No siempre ha salido airoso de esos lances, pero invariablemente ha demostrado que lo más impor-

\* Coordinación de Ciencia Política, FCPyS, UNAM.

tante, a su juicio, es el cumplimiento de la misión encomendada.

“No soy ningún intelectual”, ha dicho Bush en repetidas ocasiones, como si estuviese refrendando el divorcio que selló desde su juventud con el mundo de los libros. Pero eso no significa que el nuevo presidente de los Estados Unidos no tenga ideas. George Bush fue educado en el culto a los héroes norteamericanos de la Primera Guerra, participó en la segunda conflagración con un elevado espíritu de patriotismo, y antes de dedicarse a la política tuvo su propia empresa petrolera en los yacimientos de Texas. Esas semillas crecieron y ramificaron hasta dejarle la profunda convicción de que la libertad es exactamente lo mismo que la iniciativa empresarial y el sistema político de los Estados Unidos, y que la misión fundamental del presidente es extender esa libertad por el mundo entero. Esa creencia, compartida por Reagan, en Bush es mandamiento.

Por lo demás, el ideario y el programa de Bush no difieren mucho del de su predecesor; el nuevo Presidente es enemigo de los aumentos a las cargas tributarias de las empresas, partidario convencido de la Guerra de las Galaxias y de la idea de que la paz mundial es producto de la fuerza. En su cruzada contra las fuerzas del mal, en el frente interno propone la penalización del aborto y la implantación de la pena de muerte, y fuera de las fronteras está por el derrocamiento de los sandinistas, el exterminio de la guerrilla salvadoreña y la guerra abierta al narcotráfico y al terrorismo internacional. Claro está que aún en esta cruzada se permiten ciertos deslices, como los pactos con Noriega y la venta de armas a Irán para sufragar a la Contra nicaragüense, pero aún esas contradicciones se justifican si se trata de salvaguardar los intereses superiores de la nación. A este pragmatismo, como es evidente, se puede subordinar cualquier cosa.

Y para que nadie dude de que el gobierno nuevo no es más que una tercera edición de la política iniciada en los ochenta —que ha significado, entre muchas cosas, un verdadero viacrucis para las economías de América Latina—, ahí está la figura monetaria de James Baker, artífice del plan que perpetúa una modalidad cosmopolita del peonaje por deudas. “Que nadie se llame a engaño —ha declarado Bush—: la paz y la prosperidad seguirán siendo el destino de Norteamérica”. Su campaña descansó en esa vieja profecía, sin duda, pero los tiempos que se avecinan parecen haberse deslindado de todos los oráculos, las sibilas y los presagios.

### *Un presidente sin fronteras*

El presidente de los Estados Unidos, uno de los

dos hombres más poderosos de la tierra, tiene facultades y deberes constitucionales que no difieren gran cosa de los atributos de los presidentes de otras naciones. Debe ser ciudadano estadounidense por nacimiento, mayor de 35 años y con 14 años de residencia en el país. Su principal obligación es proteger la Constitución y hacer cumplir las leyes dictadas por el Congreso, pero posee asimismo otras potestades: someter proyectos de ley ante el Congreso; convocar a sesiones especiales del Cuerpo Legislativo; leer sus informes ante el Congreso; vetar las propuestas de ley; nombrar a los jueces federales; nombrar a los jefes de las secretarías y dependencias federales, así como a otros funcionarios federales; nombrar representantes ante países extranjeros; gestionar asuntos oficiales con las naciones extranjeras; ejercer las funciones de Jefe Supremo de las fuerzas armadas; otorgar perdones por ofensas cometidas en contra de los Estados Unidos. El Gabinete del presidente está compuesto por las Secretarías de Estado, Hacienda, Defensa, Justicia, Interior, Agricultura, Comercio, Trabajo, Salubridad y Servicios Humanitarios, Vivienda y Desarrollo Urbano, Transportes, Energía y Educación. Además, cuenta con varios organismos que se agrupan en la Oficina Ejecutiva del Presidente, que son el personal de la Casa Blanca, la Oficina de Administración y Presupuesto, el Consejo de Asesores Económicos y la Oficina de Preparación para Casos de Crisis. El presidente es elegido por los votantes a través de un Colegio Electoral de 538 miembros, y dura cuatro años en su gestión, con posibilidad de una reelección. George Bush tendrá un salario de 200,000 dólares al año, más 50,000 dólares asignados para gastos y otros 40,000 dólares para viajes y agasajos oficiales.<sup>1</sup>

Sin embargo, gracias al rango que ocupa el presidente de los Estados Unidos en el concierto y el desorden que imperan entre las naciones, Reagan pudo levantar el dedo y ordenar acciones que involucraron a millones de personas en todo el mundo, como la devaluación del dólar, la relampagueante invasión a Granada, el lanzamiento del proyecto Guerra de las Galaxias, las medidas proteccionistas, los acuerdos armamentistas con la URSS, la obstrucción de la frontera mexicana por la campaña antidroga, el financiamiento a los mercenarios de Nicaragua o el bombardeo a la ciudad de Trípoli. Lamentablemente, y pese a todas las batallas en favor de la democracia, en la actualidad sólo 90 millones de votan-

<sup>1</sup> *Reseña del Gobierno de los Estados Unidos*, por Richard Schroeder, Consultor de la Secretaría de Estado, Gobierno de los Estados Unidos, pp. 25-33.

tes eligen a un mandatario cuyas decisiones involucran a 5,000 millones de seres humanos.

En los designios del presidente norteamericano, como en el reino de Carlos V, el sol jamás se oculta. Pero en cada parcela del mundo hay prioridades, y obviamente para los Estados Unidos la primera son sus relaciones con la Unión Soviética. Durante la gestión de Reagan hubo de todo, desde las máximas tensiones de la guerra fría hasta los abrazos de la distensión, y el ex-actor de Hollywood fue el único presidente que presenció la actuación de tres líderes soviéticos completamente diferentes: Brezhnev, Andropov y Gorbachev. Lejos están los tiempos de José Stalin, que vio pasar frente a su mandato a cinco distintos presidentes norteamericanos. Y más lejos todavía está quedando la figura de aquel terrible Padre de la Patria con el desarrollo de la perestroika, la profundización del glasnost y el retiro militar de Afganistán. En el futuro, y pese a la desconfianza que suscitan estos cambios en la Casa Blanca, el acercamiento entre las dos potencias deberá ser cada vez mayor, y las reuniones cumbres entre los dirigentes probablemente se harán regulares y periódicas. Los temas más apremiantes de la agenda siguen siendo la reducción armamentista y los conflictos regionales.

¿Podrán los Estados Unidos, como lo señalan en todos sus propósitos de año nuevo, acabar con los incendios que ellos mismos atizaron en regiones geográficas específicas? Es sumamente difícil, considerando que el mundo árabe siempre ha sido un jeroglífico indescifrable para la mentalidad de los norteamericanos, y tomando en cuenta que la paz en Medio Oriente es imposible sin una determinación salomónica, que implique la devolución a los palestinos de Gaza y los territorios ocupados, así como el reconocimiento de la nación israelí por parte de los árabes. En Centroamérica la pacificación sería menos complicada, siempre y cuando el gobierno norteamericano dejase de financiar ejércitos de mercenarios y apoyase los esfuerzos de pacificación de Esquipulas, Contadora y el Grupo de Apoyo. Pero esa actitud implicaría, por lo demás, el abandono de la idea de ver a la cintura del continente como el patio trasero de la mansión.

El resto del mundo, aunque menos envuelto en llamas y cenizas, también implica desafíos enormes para los norteamericanos. La apertura de China hacia el exterior representa la inserción de un mercado colosal —mil millones de consumidores— en el comercio internacional, y los Estados Unidos no cuentan aún con una estrategia a largo plazo para la colocación de sus productos y capitales tras la muralla milenaria. En ese terreno, Japón puede muy bien ganarles la partida. Por otra parte, el nuevo gobierno deberá enfren-

tar no sólo la creciente competencia de Japón, sino la cabal unificación económica de Europa prevista en el horizonte de 1992, lo cual implicaría el ingreso de un nuevo y poderoso rival en la arena de la economía del mundo. Finalmente —y en esto Japón también lleva la delantera—, los Estados Unidos deberán resolver el acertijo de la deuda externa del Tercer Mundo, cuyas abultadas cifras la han convertido en una montaña llena de pólvora.

### *El laberinto económico*

George Bush decía en su campaña que el voto por Dukakis llevaba en sí a la decisión de volver a los años negros de James Carter. Al concluir 1980 —afirman los abogados de la política económica de los republicanos— la inflación era de 13,5%, las tasas de interés eran superiores al 20%, el crecimiento económico había detenido su marcha y el dólar estaba por los suelos. En el frente externo, la revolución y los secuestros del Ayatollah Jomeini habían puesto en ridículo a los Estados Unidos, y el espíritu de la nación estaba en bancarrota. La administración de Reagan —señalan— puso la casa en orden, y reestableció el respeto a los norteamericanos en el mundo entero. Económicamente, el país no había tenido nunca un periodo de expansión tan prolongada, con una inflación cercana al 4% y con los menores índices de desempleo de las últimas dos décadas: 5,3% al finalizar el año de 1988. El gobierno generó 17 millones de empleos en los años de su gestión, y la poderosa maquinaria económica de la nación sigue produciendo la cuarta parte de la riqueza del planeta.

Los críticos de la administración republicana, por su parte, sostienen que esos logros están detenidos por alfileres, ya que la estrategia descansa en una economía de ficción: restringir la producción interna, atraer capitales foráneos e impulsar la inversión extranjera. El consumo se ha ampliado, pero se gasta más de lo que se tiene y se compra más de lo que se vende. Esa dinámica arroja saldos ampliamente conocidos, y no tan afortunados si se comparan con los años de la gestión de Carter: en 1980, Estados Unidos era el principal acreedor del mundo, con 141,000 millones de dólares prestados a países de los cinco continentes; hoy, como si la rueda de la fortuna hubiese dado un giro completo, los Estados Unidos son el primer deudor del globo, con una deuda de 400,000 millones de dólares. A finales de los setenta, el país vendía más de lo que compraba, y tenía un saldo favorable de 17,000 millones de dólares en su balanza comercial; hoy, gracias al fortalecimiento de su moneda en los

últimos años, sus exportaciones han perdido competitividad, y las importaciones se han vuelto una ganga. Resultado: en 1987, el déficit comercial superó los 175,000 millones de dólares. Y sin embargo, el talón de Aquiles entre tantos números rojos ha sido el déficit del propio gobierno, que en la década de los setenta representó el 2.4% del Producto Nacional Bruto, y que en la actualidad alcanza el 5% de dicho valor. Eso en dólares llegarán a ser cerca de 180,000 millones para 1989 —según estimaciones del Congreso—, y en el pasado ha sido una estigma tan adverso que en Octubre de 1987 puso a las bolsas de valores del mundo entero en un estado de completo pánico. Fue tal la alarma que el Congreso y la Casa Blanca, en misión de bomberos, acordaron a regañadientes una reducción del déficit de 30,000 millones de dólares para 1988, y de 46,000 millones para 1989. Pero, a pesar de los analgésicos, la jaqueca continúa.

En un artículo reciente, redactado al alimón, el demócrata Gyrus Vance y el republicano Henry Kissinger reconocían que Estados Unidos ha dejado de ser la potencia solitaria que cobijaba al hemisferio occidental después de la Segunda Guerra, que en el mundo han surgido poderes de calibre muy diverso, y que por primera vez en el horizonte aparece la posibilidad de que la nación pierda la batuta de la orquesta.<sup>2</sup> Porque si bien la Unión Soviética no ha dejado de ser su contrapeso político y militar, el Japón ha surgido como un rival de gran estatura en el terreno propio. En efecto, el desarrollo alcanzado por el país del sol naciente en el último lustro ha sido más que sorprendente, y aunque esta nación produce en cifras absolutas la tercera parte del PNB de los Estados Unidos, otros indicadores apuntan ya hacia una franca delantera de los nipones. Y no sólo en ciertas ramas de la producción y en su acelerada productividad, sino en aspectos que se refieren a la salud y la marcha general de la economía. En el terreno financiero, por ejemplo, Japón se ha convertido en el principal acreedor mundial, con préstamos que sobrepasan los 240,000 millones de dólares, y sus montos de ayudas económicas a los países del Tercer Mundo lo han colocado como el país más generoso del orbe. A nivel empresarial, además, la firma de Seguros Nomura obtuvo el año pasado ganancias cuatro veces mayores a las de American Express, y su capital casi duplica al del poderoso Citicorp de los Estados Unidos. En el crepúsculo del dólar como la moneda más

fuerte y estable para las transacciones internacionales, el yen aparece en el horizonte como un posible sucedáneo, y en las cuentas comerciales entre ambas naciones Japón presenta un superávit de 60,000 millones de dólares, que significa un handicap enorme en la carrera por el control de los mercados.

En estas condiciones, el panorama que tiene George Bush detrás del escritorio de la Casa Blanca no resulta tan promisorio. Hay un abismo que se abre entre sus propuestas de campaña y el engranaje económico y político en el que se mueve el mundo. Porque el nuevo presidente ha prometido mantener y acrecentar el liderazgo económico, político y militar de los Estados Unidos en el llamado mundo libre, pero ¿cómo detener el desarrollo vertiginoso del Japón, cuya productividad y producto per cápita están muy por encima de los índices norteamericanos, y que cuenta con un potencial comercial y financiero muy superior al de los Estados Unidos?, ¿y cómo evitar el surgimiento de un polo de desarrollo alternativo, que aparece en el hemisferio occidental con una Europa unificada? Por otra parte, Bush prometió continuar el desarrollo sostenido de la era reaganiana, pero ¿hasta dónde se puede prolongar una estrategia que arrastra déficits enormes, y que descansa en la atracción de capitales externos?, ¿y cómo se puede evitar una recesión que parece estar cada vez más próxima? Finalmente, y machacando la idea con el índice en la boca —“lean mis labios”— Bush prometió no subir los impuestos en su lucha para abatir el déficit público; pero ¿qué tipo de magia se debe utilizar para reducir ese déficit sin recortar el gasto ni aumentar los ingresos? Y sin embargo la mayoría de los que votaron por Bush no se preocuparon por indagar esas cuestiones, porque a fin de cuentas lo que importa es lo inmediato, que la inflación no suba, que los impuestos tampoco, y que nadie despoje a los Estados Unidos de sus sueños de felicidad y poderío, aunque esos deseos a la postre se disipen como bolas de humo. Por eso la democracia es una fiesta, y en todos los rincones del país las copas republicanas se levantan para brindar por cuatro años más de la parranda que se inició en 1980. No; que nadie se llame a engaño: los Estados Unidos no tendrán su perestroika.

<sup>2</sup> “An agenda for 1989”, en *Newsweek*, junio 6 de 1988, pp. 17-20.